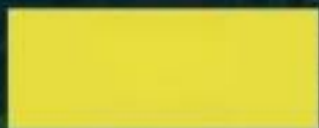


MARC R. SOTO



MIRANDA GREY

MALAS INFLUENCIAS



Has llegado a Punta de la Escalera, Asturias. Aquí es donde, en la antigua casa de su abuela junto al acantilado, sobrevive Miranda García. Miranda García nunca ha resuelto un asesinato en la vida real. Eso solo ocurre en las novelas y en las películas de sobremesa que ponen en televisión los sábados por la tarde. Miranda García tampoco ha triunfado con su primer libro. No tiene legiones de admiradores, ni un brillante futuro por delante, o una abultada cuenta corriente. Nadie ha intentado nunca matar a Miranda García. Miranda García, por mucho que le pese, no es alguien especial. Sin embargo, una llamada a medianoche está a punto de terminar con todo esto. Has llegado a Punta de la Escalera, Asturias. Aquí es donde, en una solitaria casa junto al acantilado, vive Miranda Grey.

Aquí es donde da comienzo «Malas Influencias».

Durante el verano de 2018, Miranda García, una joven escritora que se recupera de su reciente divorcio, ve cómo su vida da un giro de 180 grados al verse envuelta en la investigación del asesinato del empresario Daniel Urtice, esposo de la enigmática autora de novela negra Norma Seller. Enfrentándose a la oposición del Inspector Torres, Miranda no descansará hasta sacar a la luz una oscura trama de secretos, infidelidades, negocios turbios y traiciones en la que todo parece girar en torno a uno de los manuscritos de Norma Seller, y donde nada será lo que parece.

La verdad solo llegará tras un frenético recorrido por el norte de España en el cual Miranda deberá poner en riesgo no solo todo aquello que ama y en lo que cree, sino algo aún más importante.

Para Ana.

Si este libro existe,
es gracias a ella.

Todos los acontecimientos y personajes de este libro son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con acontecimientos y personajes reales no es más que una mera coincidencia.

Prólogo
Un hombre en la ducha

El hombre en la ducha no sabe que lleva tres horas muerto. No sabe que mientras frota con energía la esponja contra su cuerpo, alguien sube con paso leve las escaleras. No sabe que, mientras él canturrea la canción del verano, el otoño avanza inexorable por el pasillo de la primera planta, sin ruido, con una hoja de puro invierno brillando helada en la mano.

El hombre en la ducha no ve cómo la puerta del baño se abre, cómo la figura se acerca entre el vapor, cómo alza la mano libre hacia la cortina.

Cuando el hombre en la ducha percibe por el rabillo del ojo un cambio en la luz que lo rodea, es demasiado tarde. Alcanza a girarse. Alcanza a reconocer a la figura ante él. Alcanza a abrir los ojos en expresión de sorpresa e iniciar un reproche. Pero es tarde, demasiado tarde.

Porque el hombre en la ducha está muerto.

Porque el hombre en la ducha lleva tres horas muerto.

Primera parte

EN LA CARRETERA

Capítulo 1

Una llamada a medianoche

Miranda acababa de trasladar el cadáver al salón cuando sonó el teléfono.

Dejó sobre la alfombra el cuerpo de Bernardo Beltrán (43 años, sobrepeso, cuatro centímetros y medio de altura, *made in China*), cogió el reloj de pulsera que había dejado sobre la mesa junto a la casa de muñecas y comprobó la hora: eran casi las dos de la madrugada. A esa hora, las únicas personas que podían llamarla eran su exmarido, su madre o su agente.

Miranda sacó el móvil del bolsillo y contestó sin mirar la pantalla:

—Estoy escribiendo, Jesús, déjame en paz.

En el auricular sonó distorsionada la risa de su agente.

—Buenas noches, Miranda. «Buenas noches». Así es como la gente normal empieza las conversaciones telefónicas. ¿No te enseñó modales tu madre?

—Los suficientes como para saber que las dos de la madrugada no son horas de tener una conversación telefónica normal.

—Entonces no tengamos una conversación telefónica normal.

Miranda apartó el teléfono de la cara con una mueca y miró la pantalla. Había visto la foto de contacto de Jesús un millón de veces a lo largo del último año y medio. Si alguna

vez había ejercido algún influjo sobre ella, ese influjo hacía tiempo que se había desvanecido.

—Es demasiado tarde hasta para eso. Especialmente para eso, Jesús. ¿Me vas a decir qué es lo que quieres? —preguntó mientras se levantaba de la silla y encendía las luces.

Al tiempo que el salón se iluminaba, la casa de muñecas en la mesa pareció empequeñecer. Era fácil mantener la ilusión de que se trataba de una casa real cuando la rodeaba la oscuridad, pero a plena luz se mostraba tal cual era: una maqueta de un tamaño considerable, casi un metro de alto por medio de ancho, pero no más que una maqueta a fin de cuentas, un escenario. El escenario en el que ella se entretenía representando las escenas del libro en que estaba trabajando cuando no conseguía sacar adelante un nuevo capítulo.

La casa, al igual que su segundo libro, no era más que una obra en construcción. Cuando la terminara, la familia de Valencia que se la había encargado le pagaría la segunda parte del precio que habían acordado. Como siempre, al recibir el dinero ella se indignaría porque una sola de sus casas de muñecas le reportaba más beneficios que su primera novela por menos trabajo, pero lo aceptaría de todas formas.

Miranda se alejó de la mesa, pasó junto a las estanterías llenas de libros (*Sombras de un asesino*, su único libro hasta la fecha, descansaba junto autores como Camila Lackberg, John Connolly, Norma Seller y Patricia Highsmith), caminó hasta el sofá y se dejó caer sobre los cojines. Comprobó que la llamada no se había cortado. Su agente llevaba casi medio minuto sin hablar. Asombroso.

—¿Sigues ahí?

—Sí, perdona, estaba recibiendo otro fax.

—¡Tienes un fax! Pero qué moderno eres, Jesús...

—La palabra que estás buscando es clásico.

—La palabra que estoy buscando es qué-demonios-quieres. Lo sé. Es larga. Compuesta. El español es una lengua viva y en constante evolución. Pero tengo otra más larga: por-qué-demonios-me-has-llamado.

Jesús volvió a reír y Miranda apartó de nuevo el móvil para examinar la fotografía en la pantalla. Moreno. Mirada penetrante. Y aquella maldita sonrisa que parecía decir «te tengo exactamente donde quiero». No, ya no ejercía ningún influjo sobre ella, pero podía entender que sus noches de trabajo en Madrid y Barcelona fueran... Divertidas.

—Pues ya que estamos inventando palabras, déjame decirte que yo tengo una nueva que te va a encantar —dijo Jesús.

—Que sea apta para menores. No estoy de humor.

—Es para mayores de 13 acompañados, pero te gustará igualmente. ¿Estás lista?

Miranda suspiró, cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz.

—Dispara, vaquero.

—Permiso-para-colaborar-en-una-investigación-de-asesinato.

El corazón de Miranda se detuvo un segundo en el pecho. Abrió la boca para decir algo, pero de su garganta no salió ningún sonido. Con los ojos ya abiertos, se concentró en algo que le parecía increíblemente complicado en aquellos momentos: respirar.

—Joder, sí que es larga... —murmuró al fin.

—Lo es.

—Y además de larga, ¿es de verdad?

—¿Qué sentido tendría mentirle en algo así a quien me ha visto desnudo?

—¿Va en serio o no? ¿Me estás diciendo que tengo permiso de la Policía Judicial para colaborar en una investigación?

Jesús tardó unos segundos en responder. Miranda odiaba aquellas pausas dramáticas tanto como su costumbre de

buscarle a todo un doble sentido de índole sexual.

—Va en serio. Va muy en serio. Lo tengo aquí mismo, impreso. Tú nombre y apellidos. Tu NIF. Tu dirección. Todo. Con el membrete del Ministerio de Interior. No sé por qué tú exmarido me lo ha enviado a mí, pero...

—Será su forma de darte las gracias —dijo Miranda con una mueca.

—Pues ya puedes empezar a dármelas tú también, porque es urgente. No es que vayas a empezar mañana.

—¿No?

—No, empiezas ya mismo, Miranda. De hecho, si tardas, te lo pierdes. Por lo que sé, la científica podría estar ya en la escena del crimen. En cuanto llegue el juez se procederá al alzamiento del cadáver y se acabó lo que se daba.

—¡Joder!

No podía creérselo. Tras varios años intentando que le dieran permiso para echar un vistazo a los procedimientos policiales reales, cuando por fin se le presentaba la oportunidad corría el peligro de perdérselo si llegaba tarde.

Se levantó de un salto y corrió al baño. Lo que vio en el espejo no le gustó: el pelo moreno y grasiento recogido en una cola de caballo de la que habían escapado varios mechones, ojeras y el cutis reseco. Cuando no podía escribir apenas dormía y asuntos triviales como usar crema hidratante o lavarse el pelo pasaban a un segundo plano. Y llevaba sin escribir un párrafo decente casi cuatro semanas. A aquellas alturas aparentaba diez años más de los treinta y cuatro que había cumplido hacía apenas dos meses.

Tras decidir que no había mucho que pudiera hacer al respecto, dejó el móvil sobre el lavabo, se quitó la camiseta y el pantalón y los echó al cesto de la ropa sucia.

—¿Me puedes pasar la dirección? —dijo saliendo del baño en ropa interior una vez hubo recuperado el móvil—. Madre mía, Jesús, no sé ni por dónde empezar.

—De momento, por acercarte hasta allí. Puedo enviarte la... ¿Tienes fax?

—Sí, en las cocheras, junto al carruaje y los caballos — respondió Miranda ya en la habitación, con el teléfono encajado entre la mejilla y el hombro mientras sacaba unos vaqueros y una camiseta de tirantes de un cajón y los arrojaba sobre la cama. La camiseta tenía estampado el logotipo de AC/DC, pero quizá podría ocultarlo con una cazadora. No había mucho donde elegir—. ¿No puedes mandármelo al móvil como todo el mundo? ¿Está muy lejos?

—¿Todavía vives en la casa de tu abuela?

—Sí.

—¿Y cuándo piensas mudarte a Madrid? Es donde está la acción.

—Cuando tengáis las vistas al Cantábrico que tengo yo en mi ventana. ¿Está lejos o no?

—No mucho. Una hora y cuarto en coche.

Miranda soltó un bufido mientras cogía la camiseta.

—Te dejo. Mándamelo todo al móvil, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, y una cosa, Miranda. Vas de invitada, así que no metas la pata. Mantén los ojos abiertos y la boca cerrada. No sé por qué de repente te han dado ese permiso, pero...

—Por favor, no soy una de esas aprendices atolondradas que... —De pronto, cayó en la cuenta. Se detuvo en seco y volvió a arrojar la camiseta a la cama con una sonrisa—. ¿Qué haces en la oficina un sábado a las dos de la madrugada, Jesús?

—Trabajar.

—Trabajar... —repitió Miranda.

—Sí, trabajar. Y ahora, ¿puedes darte prisa? Tengo que averiguar cómo enviarte un fax desde el móvil.

—Sácale una foto y mándamela por WhatsApp. Voy a colgar. Te llamo luego para contártelo todo.

Jesús parecía dispuesto a replicar algo, pero una voz de mujer lo interrumpió:

—¿Te queda mucho?

Miranda soltó una carcajada.

—Jesús, te dejo, ahora sí que sí. Un besito para ti. De ella ya te encargarás tú, pero por favor, hazlo después de enviarme la dirección, ¿de acuerdo?

—Eh... vale. Te mando todo ya mismo.

—Hasta luego.

Colgó el teléfono y lo dejó caer sobre la cama deshecha, junto a los vaqueros. Se miró en el espejo, todavía en ropa interior, y no pudo evitar lanzarle un guiño a su reflejo y susurrarle: «¡Asesinato!».

Cuando el mensaje de Jesús iluminó la pantalla del móvil, ya se había puesto los pantalones, la camiseta y unas deportivas cómodas. Tras abrirlo vio el permiso expedido a nombre de Miranda García Gutiérrez, su NIF, la dirección de la vieja casa familiar en Punta de la Escalera, cerca de Gijón. Jesús no había mentido: el lugar al que debía acudir estaba a unos ciento diez kilómetros de distancia.

Una hora y cuarto de viaje, eso era lo que él le había dicho. Pensó que el cálculo era bastante razonable.

Mientras arrancaba el New Beetle negro y maniobraba en la explanada de grava frente a la casa para tomar el sendero que la llevaría hasta la autovía del Cantábrico, decidió que si no llegaba en menos de cincuenta y cinco minutos no se llamaba Miranda Grey.

Capítulo 2

Una visita guiada

Miranda conducía a ciento cincuenta kilómetros por hora con las largas encendidas, el codo izquierdo apoyado en el reposabrazos y la mano diestra golpeando el volante al ritmo de la música. Había conectado el móvil por bluetooth a la radio del coche y dejado que saltara un tema al azar de su lista de reproducción Miranda on the road, en la que predominaba el country y el rock sureño: Lynyrd Skynyrd, ZZ Top, Creedence y Bob Dylan.

Hacía media hora que se había incorporado a la A8 al ritmo de *Gimme back my bullets*. A lo largo del trayecto apenas se había cruzado con un par de camiones de gran tonelaje. El móvil, sujeto al parabrisas con un soporte de ventosa, le advertía puntualmente de los radares fijos. Cuando se acercaba a uno, aminoraba a 122 kilómetros por hora. Cuando lo rebasaba, pisaba de nuevo el acelerador y el New Beetle se encabritaba como un semental furioso.

Habían pasado exactamente cincuenta y dos minutos desde su partida cuando abandonó la autovía en la salida 264: La Acebosa, San Vicente de la Barquera. Este último era el pueblo que había mencionado Jesús, una villa marinera tendida a los pies de los Picos de Europa.

Miranda siguió la carretera regional hasta la villa. Una vez allí, recorrió la avenida principal junto al mar y cuando el navegador del móvil le indicó que girara a la izquierda,

abandonó el paseo marítimo. Una calle adoquinada no tardó en sacarla del laberinto de edificios de tres alturas y casas de pescadores para ascender zigzagueando a una colina cercana. Eran las tres y media de la mañana. A su izquierda, el terreno caía suavemente hacia el pueblo, donde las farolas encendidas dibujaban el contorno del estuario.

Tras doblar una curva a la derecha, divisó por primera vez la casa.

Era un antiguo palacio de indios de dos alturas con la piedra original a la vista y tejado a dos aguas bajo cuyos aleros sobresalían las vigas de madera. Una galería acristalada miraba a la bahía desde la segunda planta. Dos gigantes palmeras la flanqueaban a ambos lados de la fachada principal.

Miranda recorrió la carretera paralela al muro de piedra de tres metros de altura que protegía la casa de miradas indiscretas hasta llegar a la puerta principal. Allí, un coche de la policía local montaba guardia a la luz de dos faroles de forja.

Miranda bajó el volumen de la música, aminoró y condujo en segunda hasta detenerse a su lado. Cuando lo hizo, uno de los agentes se acercó hasta ella y, tras apoyar un brazo en el techo del New Beetle para agacharse, golpeó la ventanilla con los nudillos.

—Buenas noches, agente —dijo Miranda tras bajar el cristal.

—No puede detenerse aquí. Por favor, continúe.

—Tengo permiso.

—Señora, no me consta que...

—¿Puede confirmarlo? Mi nombre es Miranda Grey.

El agente la contempló de arriba abajo durante unos segundos. Por último, se incorporó y retiró el brazo del techo del coche.

—Espere aquí, por favor.

«Tranquilo, amigo, no me iré a ninguna parte».

Miranda tuvo que morderse mentalmente la lengua para no pronunciar aquellas palabras. «Tu problema, Miranda —le había dicho en una ocasión Jesús— es que tu lengua y tu cabeza funcionan a dos velocidades diferentes». Por supuesto, viniendo de Jesús el comentario tenía más de un significado, pero aquello no le restaba validez.

El agente de policía regresó al coche patrulla, donde le esperaba su compañero. Desde el New Beetle, Miranda vio cómo se sentaba en el asiento del conductor y hablaba por la radio. Un minuto después, caminaba de nuevo hacia ella.

—Identifíquese, por favor.

Miranda cogió la mochila, sacó de su interior la cartera y, del interior de la cartera, el DNI. Se lo entregó al policía.

El agente lo examinó durante unos segundos en los que deslizó la mirada del documento a Miranda y de Miranda al documento en varias ocasiones.

Se la quedó mirando una vez más con aspecto adusto antes de hablar.

—Aquí dice que su nombre es Miranda García.

Miranda tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no soltar un bufido. Todo aquello era una enorme pérdida de tiempo.

—Miranda Grey es mi nombre artístico. Si le soy sincera...

—Pero aquí pone García.

—Es lo que intento decirle. Miranda García soy yo. Miranda Grey también. No tengo aquí ningún libro para enseñarle, pero si busca mi nombre en Wikipedia...

—Señora, no tengo tiempo para tonterías.

—¿Prefiere que llame a Ricardo Alcázar para confirmarlo?

—¿El comisario Alcázar?

—Es mi marido.

Aquello era algo más que una ligera deformación de la realidad, pero Miranda pensó que merecía la pena intentarlo.